adquirir tan maravillosas agudezas, nos sorprende que nuestros ojos no vean ni perciban lo que nuestras manos llegan a tocar.

Considerad bien este ejemplo, pues en verdad os digo que los ciegos han de sernos de la mayor utilidad, ya que su simple presencia nos demostrará en cada momento que por más que nuestros ojos vean físicamente, estamos ciegos en realidad ante la luz de la Naturaleza. Todo lo cual merece por supuesto el más detenido examen.

¿Cómo podríamos conocer todas las cosas que existen sobre la faz de la tierra sin estar iluminados por la luz de la Naturaleza? Bajo esa luz de la Naturaleza expondré pues ahora lo que hay en las cosas de invisible y que es tan admirable por cierto como lo visible. En verdad os digo que la luz de la Naturaleza hace visibles muchas cosas que espontáneamente no lo son. Y que nada de lo que está directamente ante nuestra vista requiere ninguna otra ulterior demostración. La percepción del Macrocosmos nos conducirá a la Filosofía del Gran Mundo, en la cual todo es visible, pudiéndose afirmar que todo lo que tenga esa base será igualmente visible.

Lo que vamos a exponer a continuación en los libros que nos han inspirado los anteriores argumentos, es invisible; acerca de lo cual os diré que no es siempre conveniente hacer visibles las cosas que naturalmente no lo son.

La grosera y espinosa rudeza de los discípulos de los antiguos maestros es responsable de la torpeza con que se han comportado hasta hoy ante las cosas visibles.

A fin de que comprendáis mejor lo que vamos a exponer, os diré que el Mundo de lo que vemos y tocamos, en su total extensión, sólo es una parte, una mitad del Mundo verdadero. Y que esa otra mitad que no percibimos es tan considerable por lo menos y tan rica en su naturaleza y propiedades como la parte visible. Ello nos indica ya que el hombre ha de poseer una parte, no considerada hasta ahora, correspondiente al campo de acción e influencia del Mundo invisible.

Según esto, cada cuerpo está formado por dos hombres y por dos mundos, o, si preferís, por dos medios hombres y dos medios mundos que en sí mismos se complementan. Por eso son tan admirables las criaturas de la Naturaleza y por eso aquellas que Dios ha hecho invisibles no pueden ser estudiadas sino bajo su Suprema Luz. Otro tanto debe aplicarse a las cosas visibles.

Acerca de esto debo deciros que Dios construye siempre sus maravillosas obras a la luz de la Naturaleza. Así al considerar nuestros ojos con absoluta certeza todo cuanto aparece ante su vista y darse cuenta de lo admirable que es, entran en inquietud y curiosidad por hallar esas cosas naturales que escapan a su percepción y que no obstante están allí, ante ellos con toda evidencia, lo mismo que podría estar una columna delante de un ciego.

Esta percepción por los ojos en la luz de la Naturaleza, aumenta la comprensión e indica claramente las cosas invisibles que nuestro arte ha de exponer y transformar en visibles.

Ahora explicaremos con un ejemplo el modo como debemos abrir nuestros ojos.

Tanto la Luna como el Sol son una luz. Sin embargo, así como la luz de la Luna no permite distinguir los colores, apenas aparece el Sol, todos los colores se ven y se reconocen distintamente.

La luz de la Naturaleza brilla mucho más que la misma luz del Sol y, según la comparación que os hemos dado entre las luces de la Luna y del Sol, así la luz de la Naturaleza luce más allá del poder de todos los ojos y de la penetración de todas las miradas. En esa luz las cosas invisibles se hacen visibles. Recordad pues la suprema calidad de su resplandor.

Es necesario creer en la realidad de las obras y vosotros debéis creer también, pues las obras dan siempre el testimonio de su procedencia y os digo que han de faltar siempre a aquellos que tengan poca fe.

Cuando unas obras nos resulten visibles y aquello de donde proceden permanece invisible, debéis pensar que ello es así porque estamos fuera de su luz. Del mismo modo, cuando oímos en las tinieblas el tañido de una campana, invisible en esas circunstancias, vemos sin embargo la obra de la campana, que es su sonido; sólo si queremos ver de dónde proviene ese sonido deberemos ayudarnos con la luz y proyectarla hacia el lugar de donde el sonido proviene, con lo cual, y sólo entonces, veremos la campana.

La Luna es una de estas luces, pero es una luz obscura. El Sol en cambio, ilumina más fundamentalmente. Por eso conviene que no nos conformemos con la luz que irradia de las mismas obras haciéndolas visibles, sino que nosotros mismos debemos poseer una luz mayor y más poderosa, que esté por encima de la propia luz de las obras.

Todas las cosas poseen una luz y cada luz ilumina la cosa de donde proviene, la que sin embargo permanece invisible en presencia de una luz extraña. Aquél a quien sus obras retengan más allá de lo que él mismo pueda permanecer en ellas y no quiera por tanto dejarse conducir por su signo, no podrá nunca en verdad llegar a creer en dichas obras.

Si creemos en la obra creeremos también en el autor de la obra. Ya que no dirigirnos al Creador, conocidas sus obras, es tener ciertamente muerta la fe e infantil la naturaleza.

Está bien que nos gusten los edificios, pero es lógico que nos guste aún más el Arquitecto, ya que nada pueden enseñarnos los primeros y que toda la ciencia está en el maestro.

Ved aún otro ejemplo:

Cristo era una luz; sin embargo en tanto fue hombre y anduvo por el Mundo, su luz era invisible y sólo se manifestaba en sus obras. Por eso, los que le reconocieron en sus obras hallaron verdaderamente su luz y pudieron seguir el camino iluminado con mucha mayor claridad que si lo hicieran bajo todas las estrellas del firmamento.

En este sentido os digo que aunque veamos las cosas bajo la misma luz del Sol, esa luz será insuficiente para hacernos conocer al Maestro. Por eso, aquellos que quisieron conocerlo y verlo directamente, tal como era, tuvieron que someterse a la luz que brillaba sobre Él y bajo la cual dirigió a los Apóstoles cuando les dijo: "Aquí levantaremos tres tiendas"[166].

---

166 Alusión al pasaje de la Transfiguración en el Monte Tabor (San Mateo, XVII. San Marcos, IX).

Cada cosa tiene pues su luz correspondiente y las que, aparentemente, carecen de ella, es porque deben ser contempladas en la Suprema luz, pues en verdad os digo que el que no quiera ver con Ella los cuerpos invisibles, quedará ante ellos como ante una gran montaña en una noche tenebrosa.

La luz de la Naturaleza ha de guiamos pues en todo y con ella veremos mucho más que con la Luna y aún con el mismo Sol.

De esta forma dejamos establecido que, normalmente, sólo vemos al hombre y a las criaturas por la mitad. Dicho lo cual proseguimos. Y decimos que, así como San Simeón el Estilita no pudo con su propia luz conocer las obras que se producen por el misterio de la Crucifixión, no obstante conociese perfectamente el firmamento astronómico, tampoco quiso ahogarse en esa ignorancia, y de ahí su afán para llegar a ver con toda amplitud al Creador de la obra del Mundo y para encontrar una luz distinta.

De la misma manera debemos procurar no ahogarnos ante las obras, pues sólo el que busca y llama, encuentra y es oído.

Lo que acabamos de exponer sobre las obras debe ser entendido de la siguiente manera: Cuando nos hallemos ante enfermedades cuyo origen no nos sea posible conocer por medio del cuerpo visible, debemos encender la luz que nos permita hablar, pues si no, las obras que esas enfermedades representan nos exhortarán a callar, por más que esto nos parezca en todo caso un tanto incomprensible. Si nos guiamos de esa luz podremos reconocer que esa otra mitad invisible del hombre existe realmente y que su cuerpo no es sólo carne sangre, sino una cosa demasiado brillante para nuestros groseros ojos. En esa parte están pues las enfermedades invisibles de todas las enfermedades.

Esas causas, así como el cuerpo sobre el que operan y las enfermedades que producen, serán nuestro inmediato objeto de estudio y os digo que con su conocimiento alcanzaréis a ser unos médicos perfectos.

Una vez que nos hemos ocupado de las enfermedades visibles corporales, le tocará el turno a las invisibles, por más que como os hemos repetido, éstas sean también visibles en cierto modo. Esta obra nos conduce a ese fin, por cuanto señala ampliamente a su Maestro y al modo como Él las ha formado y construido.

La manera cómo podremos reconocer todo esto será expuesta separadamente en cada libro y capítulo pues, en definitiva, nada de lo que es tiene otra finalidad que la de obligarnos a buscar y a aprender sus causas, dado que todas las obras nos llevan a Dios. Más aún en este caso, en que las obras se refieren especialmente a nosotros, imponiéndonos así el deber de investigarlas. Con ello Dios nos hace comprender, por medio de su Divina Providencia, que en sus escondidos tesoros se hallan muchas cosas maravillosas, cuyo conocimiento nos va descubriendo a cada paso su profunda e infinita Sabiduría, saciando así nuestros pobres ojos y poniendo de manifiesto la grandeza (**magnalia**) de sus acciones sobre todas las cosas.

Será pues conveniente y razonable que abramos bien los ojos y pongamos todo nuestro cuidado en estudiar semejantes cosas, pues en verdad os digo que no hemos sido creados para dormir sino para velar y estar listos y dispuestos en todo momento para llevar a cabo Sus obras.

Para el sentido corporal del hombre que ilumina su camino con la sola luz visible de la Naturaleza, resulta injurioso e indignante que ello le exponga a las

asechanzas y seducciones del Diablo, las que le acucian así de tal manera que al final, el sentido corporal se incapacita para todo gobierno y dominio y acaba en su obsesión haciendo que el hombre se transforme en un verdadero Diablo.

¿No resulta una obra extraordinaria de Dios sobre la tierra, que el hombre posea en sí mismo un Diablo, cuando ha sido creado justamente a imagen y semejanza del Creador? En verdad os digo que el Diablo está tan lejos de la naturaleza humana como la piedra o la madera.

Más increíble aún parece que el hombre, después de haber sido redimido del Diablo por el Hijo de Dios, haya sido arrojado sin protección alguna en una prisión tan horrible. En este punto necesitaría más de un capítulo para explicaros esto como es debido, pues si finalmente no es más que una obra del Creador, debemos creer que en ello existe una causa mucho mayor y más importante que lo que pudiéramos imaginar.

Lo cierto es que Dios quiere que conozcamos esta causa y que no abandonemos su obra sin haber estudiado e investigado a fondo su razón de ser.

Sabiendo como sabemos la utilidad de la lana de los corderos y de las cerdas que hay en el lomo de otros animales, refiriendo con exactitud a cada cosa aquello que le corresponde, cómo por medio de la cocción damos sabor a los alimentos crudos, y construimos chimeneas para luchar contra el frío del invierno... y levantamos techos que nos preserven de la lluvia... etc., todo lo cual no tiene otra finalidad que darle mayores delicias al cuerpo ¿cómo no deberemos buscar con más ahínco cuánto pueda ser ventajoso y beneficioso para la misma eternidad?

Lo cierto es que todo lo que hiere al cuerpo hiere la casa de la Eternidad y que si el Diablo habita en esa casa, la destruirá. Por eso nos conviene buscar siempre la causa por la que cada obra ha sido hecha tal cual es y por eso, si su razón visible no nos convence, debemos buscar inmediatamente la invisible. Lo invisible puede así hacerse visible igual que lo que no posee esa propiedad, siempre que esté presente su propia luz y sepamos buscarlo bajo su resplandor.

Esas enfermedades están escondidas en las grandes iniciales[167] y pueden subsistir en nosotros como enfermedades espirituales. Ocurre como el hombre que se difunde y propaga en sus obras y a través de ellas, tanto en la teoría como en la práctica. En el caso de las enfermedades, el espíritu es visible a su luz, por cuanto constituye la mitad del hombre.

Con todo esto pretendo advertirte, lector, que para comprender las enfermedades que vamos a exponer a continuación, es necesario que adoptes la inteligencia de lo visible. Y decirte con ello que si todas las obras son visibles es preciso que sus causas lo sean igualmente. No te turbe pues ver que algunas de estas cosas no están expuestas a la luz del Sol y piensa que, justamente Dios, actúa muchas veces en secreto más allá del mismo Sol.

Si te sorprende que existan estas cosas, considera que en el fondo es un error llamarlas invisibles, ya que verdaderamente no lo son y que cada una de ellas nos demuestra que todas provienen unas de otras.

---

[167] "Versahlen" en el original alemán. Este término se usaba para designar las grandes letras coloreadas, llenas de dibujos, filigranas y fantasías, con que en los antiguos manuscritos se iniciaba la primera palabra de cada capítulo.

Una casa por ejemplo, es una obra visible; como lo es también el arquitecto. En este paradigma, la casa es la obra del arquitecto y el arquitecto la obra de Dios. Las obras que tenemos ante nuestros ojos puede ser vistas y consideradas pues del mismo modo y en verdad os digo que si en ellas buscásemos siempre el artesano que las ha hecho, él mismo sería visible.

Así la fe hace visibles (**conspícua**) todas las cosas eternas. Y así en las cosas corporales invisibles, la percepción se alcanza por medio de la luz de la Naturaleza.

No te espante pues el que una cosa cualquiera pueda hacerse visible y piensa sencillamente que todavía no estaba ordenado que se manifestara así. Antes bien, acostúmbrate a considerar las obras visiblemente antes aún que tomen ese estado.

Así, un niño, desde el momento de su concepción es ya un hombre, a pesar de que el hombre todavía está invisible en él; sin embargo ¿qué perjuicio hay en considerarlo así? Ninguno ciertamente y en verdad os digo que, por el contrario, es ello una gran ventaja.

Con esto, lector, pongo fin a este prefacio, rogándote que no me juzgues hasta haber conocido y llegado bien a fondo en este tema.

Fijaos que son muy numerosas las obras ilustres que nos invitan y obligan en cierto modo a profundizar su estudio, no sólo a nosotros sino a muchos más autores, que han descubierto y enseñado diversas cosas a este respecto. Si ellos no llegaron a la verdadera luz ¿cómo ha de extrañar que estas contemplaciones del Microcosmos sean juzgadas por muchos como obra de sortilegio, prestidigitación, maleficio diabólico y superstición augural?

Sin embargo todo esto es falso y equivocado y así os lo demostraremos en los libros siguientes. Dios sea pues con nosotros.

Sumario

Ahora, a fin de que conozcáis lo que vamos a referir a continuación, os diremos que la Filosofía es doble. En la primera hemos tratado las enfermedades corporales. En la segunda, que ahora empieza, trataremos las incorpóreas, explicando las razones de su invisibilidad y dividiéndolas en cuatro libros.

En el primero nos ocuparemos de las enfermedades que padecemos por la Fe, así como todo lo que con la Fe se relaciona. En el segundo trataremos de las impresiones del cielo oculto y los modos cómo actúan en nosotros. El tercero estará dedicado a las enfermedades de la imaginación y al modo cómo obran sin intermedio de materia alguna. Finalmente, el cuarto se referirá a los secretos de las fuerzas naturales que operan por las propiedades de sus cuerpos, fuera de toda razón visible.

Todas estas cosas, obras de la Naturaleza, han sido estudiadas con toda atención. Este Tratado de la Curación (**de sanatione**) sería imperfecto a pesar de todo; por eso al final de los cuatro libros que lo componen y que acabamos de anunciar, hemos agregado un quinto libro, con el cual espero que todos reciban la más amplia satisfacción.

Capítulo primero
(De lo que adquiere el hombre por la Fe)

Estas cosas deben basarse en las enseñanzas de Cristo. La razón humana, en efecto, no puede explicarlas y ello se debe a que todas nos provienen de Adán. La razón debe comprender la doctrina de Cristo por una Fe muy firme, pues el hombre no puede llegar a dominar por sí solo las fuerzas de la Fe, las que constituyen una luz muy viva, a cuyo resplandor aparece con toda nitidez la base de los hechos. Esas bases o elementos que Dios nos ha dado para conocer correctamente la medicina corporal, existen también en las hierbas, las piedras, el curso del cielo..., etc., lo cual es verdaderamente maravilloso. En este sentido deberemos realizar nuestros experimentos en la Eufragia[168] y en las demás plantas análogas. De este modo las obras podrán ser consideradas como causas y motivos, con lo que estableceremos sólidamente una comprensión verdadera.

Las cosas no están en los objetos para experimentar solamente lo que concierne al cuerpo visible, pues éste no es sino una parte del cuerpo total del hombre, Por el contrario, cada cosa puede y debe ser buscada en las palabras de las Sagradas Escrituras, con lo que se confirma la razón y el empeño que nos ha llevado a escribir sobre la Fe.

Sabido es que el Evangelio da una breve exposición (**synopsin**) de la fuerza (**virtus**) y de la potencia (**potentia**) de la Fe, expresando la siguiente sentencia: "Si vuestra Fe fuera solamente como un grano de sémola y dijerais con la fuerza de esa Fe: ¡Montaña, tírate al mar!, la montaña desaparecería en las aguas"[169]. Quiere decir, que la fuerza que poseemos por la carne y la sangre es una fuerza mínima, siendo mucho mayor y más importante la que la Fe nos proporciona. Y que igual que podemos tomar con nuestra mano un grano de sémola y arrojarlo al mar sin percibir la menor pesadez, podemos, con idéntica dulzura y suavidad, arrojar al mar una montaña entera con las solas fuerzas de la Fe.

Esto debe hacernos comprender que las acciones maravillosas a que la Fe nos conduce, no pueden nunca alcanzarse con el espíritu del cuerpo visible. Recordad por ejemplo, que la robustez de Sansón no tenía nada de particular y que toda su fuerza no era sino el resultado de su Fe. Del mismo modo Iosuah y otros personajes bíblicos nos enseñan que la fuerza de nuestro cuerpo terrestre es siempre exigua al lado de la que la Fe puede proporcionarnos. Comprended pues que esto debe ser bien conocido. Y comprended con toda amplitud que cualquier espíritu es capaz de precipitar el Olimpo en el Mar Rojo, arrojar el Océano sobre el Etna y otras cosas de este estilo si ello está realmente en la voluntad de Dios. Esos espíritus no necesitan del cuerpo, de la carne ni de la sangre, para poseer tales fuerzas, las cuales son un exclusivo resultado de la Fe.

En esta breve citación del Evangelio parece como si Cristo hubiera querido decir: ¿Qué sois y qué fuerza es la vuestra, oh hombres? En verdad os digo que vuestra fuerza está en la Fe y que si sólo tuvieseis el volumen de Fe de un grano de sémola,

---

168 Eufragia: hierba anual viscosa, del subgénero Bartsia, género Euphrasia y familia de las Escrofulariáceas.

169 San Matías. XVII, 19. San Lucas. XVII, 6.

seríais tan fuertes como los espíritus. Entonces y aunque no fuerais más que simples mortales, vuestra potencia y vuestra fuerza serían tan grandes como las de Sansón.

De esta manera adquirimos por la Fe cualidades espirituales; y así, todo cuanto podemos realizar más allá de la Naturaleza terrestre, se debe a la Fe, que obra en el espíritu a través de nosotros mismos. Nada valemos verdaderamente fuera del espíritu. He aquí el verdadero sentido de las palabras de Cristo.

Pensad ahora en los ejemplos que os hemos dado y en lo que podéis hacer con una Fe como un grano de sémola... e imaginad lo que alcanzaríais a lograr si vuestra Fe fuera del tamaño de un melón o más aún.

Todo esto os demuestra el enorme poder que el hombre puede poseer y conservar sobre la tierra gracias a la Fe. Ella le permite ir más allá que los mismos espíritus y aun subyugarlos, pues todos los espíritus en esas condiciones se inmovilizan ante el hombre. Más aún, os diré que los espíritus pierden siempre todos los combates contra la Fe, la que los obliga a permanecer tranquilos y a dejar en paz nuestro cuerpo, para lo cual no se necesita en verdad sino una pequeña cantidad de Fe.

Si comparáis esto a un gran pan casero, os aseguro que bastará con que vuestra Fe sea del tamaño de la más insignificante migaja; eso sería bastante en efecto para que venciéramos a los espíritus que quisieran asaltarnos (**et validi insurgeremus**). ¡Considerad ahora qué no podríamos hacer si nuestra Fe fuera como el pan entero!

Esa Fe ha llegado hasta nuestros días, desde la más remota antigüedad, gracias a Moisés, Abraham y otros semejantes, que han sabido conservarla y sostenerla con todas sus fuerzas, demostrándose así como unos hombres extraordinarios (**mirábiles**), muy por encima de la naturaleza humana.

Otros en cambio, que no tuvieron esa Fe y que se confiaron a la sola sabiduría, al poder y a la fuerza errónea, fueron implacablemente vencidos por los espíritus, disminuyendo al hombre (**eoque ignominiœ redacti**) hasta el punto de hacerlo caer de rodillas, lo mismo que ante un poderoso Monarca, al que adoraron como si fuera un Dios.

¿No es esto una fuerza verdaderamente adquirida sin necesidad de armas ni de alimentos? ¿Qué otra fuerza sino esta de los espíritus podría obligar a inclinarse ante ella a la carne y a la sangre? Ninguna por cierto. Sin embargo, debéis saber que esta fuerza existe también en los diablos y que en ellos existe también por la Fe. De lo que se deduce un hecho de la mayor importancia: que es el buen uso y el mal uso que se puede hacer de la Fe. El buen uso constituye la Fe en sí misma. El mal uso es algo muy distinto, sobre lo que vamos a hablar a continuación con mayor amplitud.

Los diablos hicieron un mal uso de la Fe: por eso fueron expulsados del cielo. A pesar de lo cual la Fe no les ha sido retirada, sino supeditada al consentimiento y a la voluntad de Dios (**Dei provientia ipsis imperat**). Por eso, y siempre que la Fe no les haya sido suspendida, tienen también el poder de arrojar en el mar las montañas, promover la enfermedad y hacer otros prodigios semejantes.

El diablo actúa sobre el hombre lo mismo que el Sol, el cual ilumina igualmente lo bueno y lo malo. En cualquier caso las fuerzas de su poder dependen de la cantidad de su Fe. Comprendiendo así estas posibilidades de la Fe en los espíritus, no debe

extrañarnos lo que la misma llega a permitir al hombre, el cual puede herir así a otra persona invisiblemente, usando a Fe bien o mal, según Dios se lo permita.

Las contusiones que se hacen de este modo son de tal fuerza que recuerdan aquellas que Sansón produjo a sus numerosos enemigos con una simple quijada de burro. Semejante combate sólo pudo ser posible con la autorización de Dios. Y os digo que si esto no se observa con mayor frecuencia, aun entre hombres de tanta Fe como Sansón, se debe sin duda a que Dios no quiere repetir demasiado sus prodigios sobre la tierra.

Con todo y a pesar de que, según hemos referido, pueda la Fe permitirnos exorcizar y expulsar positivamente los demonios y arrojar al mar las montañas, no debemos hacer tales cosas. Basta con que las creamos. Si Sansón pudo hacer lo que hizo por medio de la Fe, fue sin duda porque era conveniente y necesario que ocurriera así. Y os digo que si hoy se repitiese una situación y una necesidad semejantes, no sería uno sino muchos, los Sansones que aparecerían en el Mundo.

Debemos pues creer en el Evangelio y en las Sagradas Escrituras y que, aunque podamos, no debemos actuar como aquel que para curar un ojo enfermo, lo arranca, a fin de que no moleste más. Y os diré que nada de lo que creemos nos está permitido realizarlo, pues el que para obtener la prueba de su Fe necesita el milagro, se aleja de la Fe y atrae la condenación sobre sí.

Dios no nos dice que debamos actuar sino creer y saber y conocer la fuerza que la Fe nos imbuye. Por eso los ejemplos de todas estas cosas nos vienen tan frecuentemente del Antiguo y del Nuevo Testamento, según la distancia en el tiempo que nos separa de unos y otros autores.

Nuestra Fe en el Creador es tal, que, a pesar de caminar sobre la tierra en nuestra carne mortal, apenas podemos expresarla. Por lo demás, los que creen verdaderamente no sienten ninguna necesidad de testificar la fuerza de su Fe y rechazan semejantes pruebas.

En este sentido, la Fe obra de dos maneras: en los hombres buenos para las cosas buenas y en los hombres malos para las cosas malas. De lo primero no hemos de decir nada. De lo otro ved y escuchad, a continuación lo que sigue: Cuando la Fe se nos extravía hacia las cosas malas, se produce lo que las Sagradas Escrituras llaman “tentación”. Tentar a Dios es pues emplear nuestra Fe en cosas para las cuales no nos ha sido dada. Con ello indudablemente no aspiramos sino a experimentar y convencernos de si eso es cierto o no. Y eso es lo que no debemos tentar[170]. Debemos creer, no tentar; con ello no nos expondremos a los efectos de las palabras y podremos conservarnos puros en la Fe.

Extraña oración en verdades esa en la que se pide a Dios que no nos induzca a la tentación[171] ya que si el deseo de tentación correspondiese a la voluntad de Dios, no

---

[170] El clero español llegó a oponer al racionalismo liberal su lapidario apóstrofe: "¡Líbrenos Dios de la funesta manía de pensar!”

[171] El decir al fin del Padrenuestro: "y no nos dejes caer en la tentación" es notoriamente erróneo, pues las palabras de la Vulgata son: "*Et ne nos inducas in tentationem*", es decir: "Y no nos induzcas a la tentación" (San Mateo, VI, 13. San Lucas XI, 4), lo que conserva igual significado en griego, cuya palabra literal quiere decir: aportar o introducir.

podría dejar en ella a las almas, abandonadas de sus cuidados. Por eso, lo que no tiene precedentes ni se cumple de modo alguno en nuestra voluntad, es el podernos librar del mal. Dios no deja a los espíritus realizar lo que quieren, pues en tal caso no habría obra alguna que durase largo tiempo en el mismo estado. Y aunque pudiéramos separar las montañas y colinas de nuestro camino y marchar por terreno llano, ello no se realizaría, ya que Dios quiere justamente que cada cosa quede en su sitio. Aparte esto, nos permite el más libre albedrío.

Ocurre como con el carpintero que, sabiendo construir una casa, puede construirla sobre un prado, siempre que el dueño del prado lo permita, pero no en caso contrario.

Todo lo cual queda dicho a título de ejemplo, sobre el mal empleo de las fuerzas de la Fe.

Capítulo segundo
(De cómo la Fe puede ser causa de enfermedad)

Hasta ahora me he referido a todas estas cosas sin alcanzar ni llegar a tocar el motivo de mi plática, es decir, el porqué la Fe puede ser causa de enfermedad. Y es que este motivo se refiere también al mal uso de las cosas que la Fe puede determinar en nosotros.

Os digo que según sea un médico de bueno o de malo, podrá cooperar o no con su poder y con sus mea curar o a matar sus enfermos. Y del mismo modo podrá administrar la melisa, que les devuelve la salud, o el arsénico, que los lleva a la muerte. ¿Cómo podemos explicarnos esto?

Sencillamente porque por medio de la Fe dejamos obrar nuestro poder para bien o para mal, uno contra otro, lo mismo que el dueño del terreno, consintiendo o no que el carpintero levante una casa en su predio.

La Fe obra en nosotros como un artesano, el cual, luego de forjar un cuchillo, puede herir con él a su prójimo o no, según lo haya conservado o se haya desprendido de su obra.

Conviene meditar y comprender bien esto, especialmente cuando se trate de hacer un mal empleo de la Fe y aplicarla en contra de los principios para los que os fue dada, dirigiendo su fuerza por una falsa vía, abandonando el buen camino y creyendo que la verdad es mentira y viceversa.

El empleo inconveniente de las fuerzas de nuestra Fe hace que aceptemos estas situaciones indebidas y que usemos nuestras armas en lo que creemos que existe, sin ser así en modo uno.

Sabed además que esa misma cosa que forjamos (**fabricatum**) y que llamamos un arma en nuestro lenguaje corporal, podríamos llamarla también perfectamente un espíritu, ya que los espíritus pueden hacer sin pies ni manos todo lo que hace el hombre, lo que explica en cierto modo su mutuo parecido.

Como la Fe necesita que todas las cosas posean un cierto orden, será bueno que recibáis una instrucción sumaria, al menos acerca de la fabricación de estas armas.

Cuando en un determinado país aparece una enfermedad en forma epidémica, encerrando con su presencia un significado de expiación, venganza o flagelo, pensad que seguramente es así. En estos casos y a pesar de que todo parezca natural y lógico, la Fe nos hace encontrarlo no natural, resultando de ello que las personas no quieran acordarse y relacionar estos signos entre sí, con lo que tienden a desaprovechar todas las ayudas naturales contra su mal. Pues aunque la Fe nos permite hacer el bien, también consiente que nos conduzcamos mal. Y que así como la montaña se precipita en el mar, el germen de la Fe puede desaparecer también.

La Fe puede producir todas las especies de hierbas; la ortiga invisible, la celidonia invisible..., etc. Y todo cuanto crece sobre la tierra puede encerrar la fuerza de la Fe. Así la Fe puede hacerse responsable de toda clase de enfermedades.

El impedimento para que los humanos empleen libremente la fuerza y el poder de la Fe está precisamente en la Voluntad de Dios.

Es cierto que podemos matarnos y acarrearnos mutuamente infinidad de males, pero no debemos hacerlo. Y si las cosas corporales nos dan a cada paso testimonio de su poder y de los males que pueden atraernos, no menos cabe pensar y esperar de la Fe, ya que en esto somos como los espíritus, y como ellos, podemos hacer invisiblemente todo lo que el cuerpo hace de modo visible.

No es posible en efecto rechazar la Fe de nosotros mismos ni prescindir del instrumento que a cada cual nos da, como una verdadera arma, pues os digo que la misma fuerza que arroja la montaña al mar puede hacer que la tierra nos hiera o nos envenene.

El mal uso de la fuerza de la Fe nos inclinará a desear el mal a nuestros semejantes y con ella a condenar a los hombres a morir o a ser cojos o contrahechos. Las enfermedades naturales resultan así sobrenaturales. Cuando estas supersticiones invaden y se enseñorean en un país ocurre que sus mismos médicos —al igual que Cristo en su tierra— no pueden comprender ni explicar gran número de sus signos[172], pues llegan a perder la Fe, creyéndose condenados a la desgracia que a tal estado los sume.

Dios sin embargo quiere que nos mantengamos en la verdadera Fe, con la cual podemos curar y curarnos. Llevando esa Fe dentro de nosotros creeremos que todo puede ser posible por ella, aunque nada se trasunte exteriormente a nuestros ojos. Por eso quiere Dios que este se guarde en secreto, en la Fe, sin ningún género de demostración exterior.

Los verdaderos médicos son pues los que traen a nosotros las obras de la Caridad Divina, no turbando con sus obras la Fe que guardamos en el fondo de nuestro ser y por la cual podemos caminar sobre las aguas[173].

La razón por la que Dios permite que la fuerza de nuestra Fe se emplee a veces en darnos uno a otro tal o cual enfermedad y que perviva la superstición, es algo fuera del alcance de nuestro entendimiento, acerca de lo cual Él es el único juez.

---

172 "*Nemo propheta acceptus est in patria sua*" (San Lucas, IV, 24), literalmente: "Nadie es profeta en su tierra".

173 Alusión al conocido pasaje bíblico.

Capítulo tercero
(Del discernimiento de la Fe)

La Fe debe ser discernida en el sentido de no considerar como salvadora la de Cristo, sino la Fe innata en Dios Padre. La Fe a la que debemos nuestra salvación no será pues tratada aquí, ya que sólo va y vuelve a la misma persona de Cristo. Tan es así que Cristo no dice que si creemos en Él las montañas se precipitarán solas en el mar, sino que si creemos en Él, Él nos salvará.

Cristo en su calidad de Hijo de Dios, no ha salvado a nadie de la enfermedad o de la muerte. Lo que hace lo hace en función de ser la segunda persona de la Divinidad. Esa es su verdadera fuerza.

Cuando estuvo entre nosotros se limitó a librarnos del Demonio de las pompas y vanidades de la tierra y del Infierno. Por eso el bajo pueblo, que no quería creer en los testimonios de las Escrituras, necesitó que Él revelase los signos y las obras como sólo podía hacerlo el Hijo de Dios. De ese modo, al ver y creer en sus obras, reconocieron a Jesús.

En este punto conviene observar aparte (**distincta**) la cuestión de la salud y de la curación (**sanatio**). Cuando Cristo devuelve a alguno la salud, ya por sí o a través de otro en su nombre, la curación sobreviene, no como resultado de la Fe, sino por la virtud de Dios: sus ruegos y oraciones son las que ha obtenido la Misericordia del Padre, a la cual hay que atribuir —y no a otra cosa— el alivio de las dolencias y enfermedades.

Os digo esto para que sepáis que cuando, a pesar de las plegarias e impetraciones a la Misericordia Divina, no se alcanza la salud y en cambio se consigue luego por la Fe, de una manera maravillosa (**miro modi**), se debe a sus propias creencias. De esa curación es de la que me he propuesto hablar, pues no debemos curar nunca por la Fe sino por la Misericordia Divina. La Fe no nos permitirá dar la vista a un ciego de nacimiento, ni devolver la vida a un muerto. Sobre lo cual os digo que sólo podréis lograrlo por la oración y por la Divina Misericordia.

Cuando usamos nuestra Fe solamente para conseguir que una montaña se precipite al mar o que un espíritu determinado entre en nosotros, obramos según el orgullo, en cuanto nos rehusamos a conseguir la Misericordia por la oración, considerándonos como dioses y usando el poder de nuestra Fe para mutilarnos o hacernos desgraciados.

Si Dios permite estas cosas lo hace a fin de que comprobemos el poder, la fuerza y la virtud de nuestra Fe, que podamos enfermar por ella y que por ella podamos curarnos. Esto, según el derecho alemán, se entiende como una vida desesperada en la que vivimos, obstinados en nuestro error, olvidándonos de Dios y de su Misericordia.

Todas las enfermedades desde el comienzo del Mundo han surgido siempre unas tras otras, lo que ha hecho que el pueblo las considerase extrañas y singulares, dándoseles la significación de flagelo o castigo divino. Al invocar a los hombres más respetables y poderosos en estos casos de angustia, creyendo colocarse así bajo su protección contra los diversos males y heridas, cayeron en la superstición, al no darse cuenta que estos males deben evitarse y prevenirse por unos medios completamente diferentes. Con esto la Fe ha sido mal empleada en diversas ocasiones, especialmente

por los egipcios, contribuyendo a crear en ellos y en otros pueblos paganos la peor idolatría. Ese mal empleo de la Fe continuó hasta Esculapio y Macaón, los que se adhirieron tan firmemente a los principios de la Medicina y al curso natural de las cosas, que reconocieron y consideraron a las enfermedades como fenómenos naturales, describiéndolas y revelándolas en los libros de acuerdo a la Naturaleza y no en su calidad de plagas y castigos. Por este medio sin embargo consiguieron atenuar la perversidad de la mala Fe y el uso nocivo de sus inspiraciones, tal cual conviene al conocimiento que el médico debe tener de estas cosas.

Estas ideas, despreciables a pesar de todo, crecieron y se difundieron igualmente entre los cristianos de tal manera que, igual que los paganos tuvieron sus sacerdotes de Apolo (**Sacerdotes Apollineos**), tuvieron ellos los suyos, haciéndose Antonistas, Wolfgangistas[174]. . . etc., actuando así en la Fe, olvidando todas las Misericordias y oraciones dirigidas a Dios y ocupándose sólo de las buenas apariencias y de arrojar ostensiblemente la montaña al mar.

Respecto a lo que ocurre en nuestros días os diré que la mayoría se pasan la vida tirándose unos a otros la montaña a los pies, al vientre, o a otras partes, al punto de no dejar un solo miembro ni una sola enfermedad al abrigo de esta montaña. Estas enfermedades son pues sobrenaturales, precisamente porque obligan a que aquél que arrojó la montaña al mar con la fuerza de su Fe, la restablezca con la misma Fe en su lugar anterior. Tal es el verdadero arte de la Medicina en estas enfermedades.

Cuando la Fe se emplea o se aplica de mala manera, aparece la superstición, la que, no obstante, nos obliga a ocuparnos y a actuar (**negotium sumere**) con la misma montaña que intentamos rechazar. De este modo confundimos a la montaña con los santos, transfiriéndole el poder que a ellos corresponde y tomando la una por los otros.

Y aunque en verdad no podamos arrojar los santos como la montaña, podemos en cambio arrojar la Fe esculpida (**sculpit**), es decir, sus imágenes. Esa Fe puede dar el valor de los santos a sus réplicas plásticas y a sus esculturas e imágenes, igual que a nosotros mismos, que podemos así arrojar a los santos al mar.

De ahí nacieron las tallas en madera de las imágenes de los santos. Ahora bien, debo deciros que lo mismo que el cuerpo juega y gesticula (**ludit et gesticulatur**) según su fantasía, la Fe puede animar con un soplo idolátrico[175] a ese mismo poder del espíritu de los santos. Esa forma de Fe nos es arrojada lo mismo que si tomarais el cayado de San Dionisio, la rueda de Santa Catalina o el gancho de San Wolffgang y lo arrojarais a la cara de un aldeano. Pues si esos santos son capaces de producir enfermedades sobrenaturales, el mismo poder tendrán sus símbolos y atributos, ya que en el lenguaje de la Fe tanto vale el espíritu como el cuerpo del espíritu, los que en realidad van íntimamente unidos, siendo tan bueno y eficaz el uno como el otro.

¿Quién podría oponerse a que la fuerza que Dios ha dado en nuestro cuerpo terrestre no podamos ponerla, mediante la Fe, en esos ídolos de madera (**lignes dolis**)?

---

[174] San Wolffgang fue obispo de Regensburgo en el Siglo X, careciéndose hoy de ningún otro detalle acerca de su secta.

[175] "ein Geistgötzen" en el original alemán, distinto de las traducciones latinas, que emplean los términos "*Spiritale dolum*" y "*Spiritalis statuæ*" y de la misma traducción francesa que adopta la palabra "larve": larva (?).

Nadie en verdad, ya que todo cuanto el cuerpo hace al cuerpo, puede hacerlo la Fe del mismo modo.

Las enfermedades y las curaciones adquiridas y conseguidas de esta manera las hacemos nosotros, no el Diablo, el cual sin embargo se regodea profundamente con ello. En definitiva: sabed que la Fe puede producir todo cuanto el cuerpo produce, incluso la misma muerte, tan bien como con un disparo de arcabuz. Válgaos pues este ejemplo como enseñanza y aprended por él que sois desde luego visibles y corporales, pero además y al mismo tiempo no lo sois; y que todo cuanto hace nuestro cuerpo visible lo hace también invisible.

Sabed igualmente a propósito de la Fe, que las imágenes han tomado su fuerza de su forma específica (**in specie**), al extremo de que cuando modeláis una estatua de cera con el nombre de vuestro enemigo y la herís, lo herís a él igualmente. Al permitir Dios estas cosas, nos testimonia con ello todo lo que somos y podemos, pero no para que lo hagamos, sino para que probemos y tentemos a Dios. Por eso os digo: ¡Pobre del que se permita semejantes cosas!

Los hechiceros y encantadores (**incantatores**) obran precisamente de ese modo: sacando mascarillas, grabando imágenes en las paredes y golpeándolas e hiriéndolas con fustas y ganchos, a la vez que con su espíritu, gracias a esa Fe que los posee, derribadora de montañas, pero de la que Dios se halla totalmente ausente.

De ahí vinieron también esos amantes (**amatores**) que encantaban a las mujeres con variados sortilegios, como el de modelar con cera los retratos de las amadas y fundirlos después bajo las llamas, satisfaciendo y excitando así su espíritu con la luz invisible.

Los Egipcios, Caldeos y otros, también tallaron diversas efigies según el curso del firmamento, sin darse cuenta con sus ojos ingenuos que todos estos movimientos y palabras de las estatuas estaban más allá del poder de las fuerzas de la Naturaleza.

Todas estas maravillas y otras más, sólo son posibles con el consentimiento de Dios. Y os digo que referir la cantidad de encantamientos que esos magos han realizado —aun sin saber que lo realizaban por la expresa Voluntad de Dios— constituiría el más sorprendente de los relatos y la crónica más maravillosa.

En realidad Dios ha permitido esas cosas para que las conociéramos y para que supiéramos que también nosotros podíamos hacer desaparecer las montañas en el mar e invisibles nuestros cuerpos y espíritus.

Os hablo de estas cosas a fin de evidenciar la necesidad en que nos hayamos de profundizar por la Fe la razón de ser de los santos y la virtud y poder de que están investidos para dar a los hombres la salud y la enfermedad, de acuerdo a los fundamentos que la doctrina observa a propósito de las imágenes. Todo lo cual puede volverse contra el cuerpo si se hace un mal uso de la Fe, como repetidamente ha sido señalado.

En resumen: la Fe confiere al hombre el poder de hacerse invisible como un espíritu, creando en él todo cuanto el cuerpo imagina y que por sus solas fuerzas es incapaz de realizar. A menos que la Providencia Divina disponga otra cosa, nos es posible reunir pues las virtudes del espíritu y la fuerza del cuerpo. Si Dios dispusiera la enfermedad para alguno a quien no quisiera alterar en su fuerza o en su bienestar, lo

perjudicaría en sus manos o en sus pies. De ese mismo modo puede perjudicar la Fe de los impíos (**improbi**).

Diremos finalmente que esos signos de los santos se han usado desde siempre, antes incluso del advenimiento de Cristo, razón por la cual no pueden ser honrados y alabados cristianamente[176], pues son tan viejos como verdaderos abuelos y la Fe cristiana no los tiene.

Sin embargo, los hombres cuya Fe ha merecido la confianza de Dios, pueden alcanzar un gran poder, el cual, si es mal empleado y pone la cabeza en los pies[177], tendrá que juzgarse por sí mismo y poner también los pies en la Fe, con todo lo cual no es de extrañar que Dios se aleje definitivamente.

No debe sorprendernos, según esto, que no estén descontentos con esa adoración, olvidando que Dios no recomendó San Pedro a nadie. También siguiendo las costumbres de los, antiguos egipcios y paganos, se ha hecho provenir de Apolo al Apóstol Santiago, ya que, tanto Apolo como sus semejantes, pueden llegar a esto por la Fe. A pesar de lo cual ni ese niño debe llamarse Apolo, ni Santiago aquél otro, por el hecho de recibir el espíritu. En verdad sólo los especuladores de las fuerzas de la Fe, cuyos nombres llegados hasta aquí no conoce nadie realmente, han podido intentar traer la montaña hasta nosotros y tentarnos con ello, lo mismo que aquellos otros que según nos refiere Cristo, lo tentaron de la misma forma.

El que quiere tentar y producir los signos de la Fe continuamente, olvida que sólo debemos creer, sin pedir ni esperar que se produzcan estas manifestaciones. Por el contrario podemos y debemos pedir los signos que la Misericordia Divina nos ofrece, los cuales provienen verdaderamente de Cristo. Llegando a deciros que sólo estimamos cristiano a lo que se deduce de la Misericordia, del Amor y de la Fidelidad, y que todo lo demás, incluso Santiago y Apolo, está muy lejos de esto, habiéndose equivocado con ello por igual cristianos y paganos.

También han olvidado groseramente que nadie que no haya hecho un mal uso de la Fe puede ser censurado por ella. Es decir, que han caído en una singular superstición, con la cual pretenden dirigir y devolver la salud (**sanitas superstitionis**), cuando en realidad la curación emana solamente de la Providencia Divina. La Medicina constituye así el mejor ejemplo de que la curación es una obra de la Misericordia.

Dios, que ha creado y ha dado a nuestros ojos y a nuestra lengua la voluptuosidad y la aptitud de conducirnos según nuestro capricho y albedrío, conoce perfectamente las heridas y enfermedades que llegaremos a adquirir por ello, creando con la Ciencia Infusa de la Divinidad toda la Medicina y todos los hombres competentes en ella, es decir, los médicos buenos conocedores de la enfermedad y de las medicinas que para cada caso se necesitan.

---

176 "*a christianis dimanasse judicari non possunt*" (Paltenius).

177 Grillot de Givry dice: "la huppe dans la foi"; es decir, "el moño en la fe" (o penacho - la acepción "abubilla", pájaro con un penacho en la cabeza, la creemos improcedente). En castellano podría decirse castizamente "echar los pies por alto" o poner las cosas "patas arriba". Es decir, hacer algo totalmente al revés.

Siendo el hombre el último ser de la Creación y existiendo la Misericordia sólo con él y desde él, no os será difícil comprender que es a ella y no a la Fe a la que son debidas estas maravillas.

Observad aún aquí que lo mismo que la salud proviene de la Medicina, ésta resulta de la Misericordia, lo mismo que todo lo que ha creado Dios Hijo, lo que nos corrobora la certeza y la primacía de la Misericordia sobre la Fe. Ciertamente que en el Evangelio de Cristo se afirma que "los signos serán manifestados", pero eso debe entenderse en el sentido de que el poder y la fuerza provienen de la Fe, no de la Misericordia, a la cual corresponde conducir la Fe según es debido.

Sobre esto debemos todavía hacer una salvedad ya que, efectivamente, puede producir toda clase de signos, siempre que Dios se lo permita, de los cuales no hace el menor caso, siendo precisamente su ardor contra nosotros lo que estimula mejor la Misericordia que Dios nos ha prometido. El designio del Diablo no es pues otro que causar nuestra ruina y nuestro daño y excitar nuestra maldad, conduciéndonos a un mal uso de la Fe y a hacer todo cuanto se nos antoja, sin freno de ninguna especie.

Si a pesar de todo esto aún cree el Diablo que no somos bastante desgraciados, añadirá aún más cosas suplementarias, a pesar de que nada de esto le reporte ninguna utilidad, ni que con ello gane un ápice más de poder para su reino. Su designio es hacernos desesperar de la Misericordia de Cristo, su enemigo, y destruir nuestra esperanza, nuestro amor y nuestra fe en Él, ya que sólo así podernos condenarnos, fuera de lo cual todos sus empeños resultan completamente estériles e infantiles.

Los espíritus diabólicos pueden determinar impresiones accesorias (**ludicrum accessorium**) por las invenciones santas (**apud commentitios divos**) de los paganos y cristianos. Algo así como si un burdo aldeano, viendo trabajar el oro a un orfebre, quisiera que hiciera lo mismo con excrementos. Por eso el Diablo se conforma con marcar sus signos en las vacas y en los cerdos[178], prueba de que su poder está limitado y que no puede usar la Fe con libertad, pues si pudiera, os digo verdaderamente que ya habría derribado y trastornado todo con mucha más violencia de la que pudierais suponer[179].

---

178 Forberger.

179 Paltenius ha magnificado y dramatizado mucho más este párrafo final, diciendo: "*omnia eruisset stravissetque, multoque atrociorem sese et truculentiorem exhiberet. . .etc*.".

Capítulo cuarto
(De la llamada enfermedad de San Valentín)[180]
(Epilepsia)

Sabed ahora que el natural curso que los Astros y demás elementos procuran a los hombres, produce una enfermedad que aniquila al desgraciado que la padece, sumiéndolo y agitándolo en todos sus miembros, manos y pies, con terribles convulsiones, distorsionando su boca y sus ojos en los más variados y espantosos signos.

Su origen ha sido atribuido a diversos Santos, a los que de diversos modos irritamos y que, imposibilitados de vengarse desde este Mundo, dada la pobreza y aridez de la tierra, lo han hecho desde el cielo de esa terrible manera Esto ha llegado a ser artículo de Fe; de una Fe semejante a aquella, capaz de precipitar en el mar las montañas. Como consecuencia de esa creencia se ha creado una especie de duende[181] que penetra en nosotros y que, operando de manera invisible, nos agita, obrando lo mismo que si nos tomara por los cabellos y nos sacudiera, arrojándonos de uno a otro rincón.

Si la Medicina alivia las enfermedades que nos vienen de las cosas naturales, ¿cómo no ha de obrar la Fe, una vez que nada ha dado resultado y que los médicos yacen abandonados a la desesperación?

Con todo, es curioso observar —como lo han hecho algunas gentes del pueblo— de qué manera influyen, aumentan e irritan estas enfermedades los cambios de la Luna y de los planetas en general, así como otras variaciones celestes, al punto de dar lugar al nacimiento de determinadas sectas, creyentes unas en las estrellas y otras en los Santos.

---

180 Paltenius la subtitula "*seu caduco*". Por lo demás, sería tarea imposible enumerar la cantidad de enfermedades que durante la Edad Media recibieron la advocación de los diversos Santos. Cada Santo estaba considerado a la vez como causa y antídoto de otras tantas enfermedades. Aún hoy existen numerosos ejemplos y vestigios de esta vieja práctica. Citaremos entre los principales, a San Willibrod, patrono de Echternach, en la Prusia renana, cuya romería anual, el lunes de Pentecostés, atrae numerosos peregrinos que bailan ante las reliquias del Santo. Santa Liberata de Beauvais, conocida también en los cantones franceses de Suiza, invocada para conseguir marido, para combatir la esterilidad, las enfermedades del estómago y la anemia... etc. Nuestra Señora de los Altos de Moncontour y los Santos Lubino, Mamerto, Huberto Livertino, Hourmiaule. . . etc., en Bretaña y Normandía, invocados para los dolores de cabeza y del vientre, para la locura y el miedo. En estas regiones del norte de Francia los Santos milagrosos y de eficacia popular contra las enfermedades son muy numerosos y a ellos dedicó una notable tesis el Dr. Liegard (París, 1902-1903): "Les Saints Guérisseurs de la Basse Bretagne".

En España se venera la virgen del Remedio y del Amparo y Nuestra Señora de las Fiebres, en Valencia, contra el paludismo, endémico en la zona arrocera; San Ramón en Andalucía, para proteger la fecundidad y procurar buen parto; el Santo Cristo de Medinaceli, en Madrid, para resolver problemas íntimos; San Antonio, para curar de soltería, y muchos más.

Los Santos citados por Paracelso resultan sin embargo de difícil identificación. Este San Veltin o Valentinus no sabemos exactamente quién es. Los Bolandistas recogen 28 personajes de este nombre. El San Valentín que se cita aquí parece ser el Obispo de Passeau (hacia el año 400), patrono de la Epilepsia. San Bernardino de Siena (*Sermo I. in quadrages, art. 3*) atribuye en cambio este patronazgo a San Bartolomé, y Vanini (*De admirandis naturæ arcanis. Lutetiæ 1516. Dial* LVIII) lo refiere a San Juan.

Sea bajo una u otra advocación, parece indudable que Paracelso se refiere aquí a la Epilepsia.

181 Ein Mäulin (alem.), *virinculus* (lat.), *homounculus* (franc.).

A los médicos toca pues en este trance juzgar los desacuerdos de estas sectas, ponerlos en orden y explicar y revelar el verdadero fundamento de estas cosas.

Capítulo quinto
(De la enfermedad que produce llagas, úlceras y apostemas, llamada "Penitencia de San Quirino" y "Venganza de San Juan")[182]
(Escrófulas, várices, furúnculos)

En el hombre, la naturaleza corrosiva o demasiado poderosa de algunas sales da lugar a la efracción y ruptura (**diruptio**) de la carne y de la piel.

Siendo las sales tan numerosas, se comprende que puedan afectarnos[183] también de muy diversas maneras según sus naturalezas, produciendo tal o cual dolor o enfermedad El pueblo, antes de que se descubriera el verdadero fundamento de la Medicina, pensó que esta enfermedad de San Quirino era análoga a todas las demás, habiendo perdurado esta superstición hasta los cristianos, que creyeron que San Quirino era más Santo que otros y tenía por ello mayor poder curativo, designando bajo su nombre un gran número de enfermedades y aflicciones. Las úlceras y los reumatismos de las piernas[184] fueron llamadas también "penitencias de San Quirino", para todo lo cual se llegó finalmente a esculpir numerosas imágenes que se consagraron con la Fe de este Santo para su devota advocación.

Del mismo modo se levantaron monumentos e imágenes dedicadas a San Juan, también muy popular, y que lo mismo que San Quirino fueron señalados por la estupidez del pueblo como autores y patronos de numerosas males.

En atención a todas las cosas que acabo de referiros y dada la adoración y sacerdocio a cuya advocación han conducido, no diré mis sospechas de que el Diablo ande mezclado en todo ello y que él sea el causante de muchos de estos signos. En verdad la fornicación, la avaricia y otros vicios degradantes pueden positivamente hacer perder al pueblo, empujándolo a una Fe perversa y a numerosas fornicaciones y bribonadas, estimuladas en realidad por el Demonio, quien se complace en estos vicios degradantes y hace obrar así a la Fe, sin dejar ver que con ello obra mal[185] estimulando así todas estas acciones y sacerdocios.

---

182 Los Bo1andista registran 11 Santos distintos bajo el nombre de "Quirinus" uno de los cuales fue Obispo y Mártir de Panonia, en el siglo IV. Grillot de Givry opina que el Santo a quien se refiere Paracelso fue San Cyrinus o Quirín, Mártir de Roma del año 269 cuyos restos fueron transportados en la Edad Media a la Abadía de Tegernsee en Baviera, y que en vida realizó numerosos milagros y curaciones (no parece que tengan nada que ver estos Santos con el moderno Saint Cyr, patrono de la caballería del ejército francés).

La enfermedad en cuestión, en la que se había "especializado" este Santo, sería la de las úlceras escrofulosas y los abscesos de la garganta, los cuales aún se llaman en algunos pueblos de Suiza, Enfermedad de San Quirino.

183 La palabra original alemana es "Entböhret", que Paltenius traduce por "excitar el tumulto del cuerpo" y Grillot de Givry por "percer" (picar, pinchar, perforar, atravesar).

184 "Die Flüssigen Schenkel" en alemán, o "*ulcerosa crura*" en latín.

185 Se refiere indudablemente a las orgías y bacanales de danzas, libaciones y fiestas que el motivo de los peregrinajes daba a los aldeanos de esos lugares —e indudablemente a una parte importante de los mismos peregrinos— y que pervivían como resto pagano entre las multitudes medioevales, precediendo en varios siglos a lo

Por lo demás el Diablo no hubiera podido suscitar por sí solo ninguno de estos signos, grandes ni pequeños. Lo que sí puede y hace indudablemente, es establecerse al lado y mezclarse a los síntomas en cuanto los mismos se producen, sacando con ello todo el nefando provecho que le es posible.

Capítulo sexto
(Del fuego natural, llamado "de San Antonio")[186]
(Erisipela, gangrena, cólera)

La Naturaleza posee también: fuego, alimentado en ella misma por el Azufre del hombre, lo mismo que el relámpago y las estrellas fugaces lo hacen del cielo, y los fuegos surgentes de las minas y los cementerios. Esta enfermedad no ha sido sin embargo descrita por los médicos según su verdadero origen, no obstante la haya indicado la Naturaleza según los resultados y la obra de la Medicina, ya que está perfectamente reconocida su esencia natural.

Los predicadores de estos males expiatorios, entretanto, a fuerza de poner estas cosas en refranes y versos y referirse a ellas constantemente con su peculiar estilo de oráculos, han conseguido que a pesar de la incredulidad del pueblo, éste haya acabado por creerlos, vencido por su contumaz persuasión.

El San Antonio de estos relatos no es un Señor del Fuego, ni ha soplado jamás en ningún horno ni en ninguna chimenea; no se trata pues de ningún Señor de los Elementos y os digo que si hoy viviera, reconocería todo cuanto digo y se golpearía en señal de penitencia.

Ese San Antonio no debe confundirse con Vulcano y puedo afirmaros que jamás llegó a apagar el Etna[187]. A pesar de ello todos lo creen obligado a que apague el fuego de todas las piernas podridas y relucientes. No hay duda de que en su tiempo realizó alguna de estas curaciones, pero no más ni en mayor grado de las que pueden considerarse justas. Nada de eso puede, por otra parte, servirnos hoy, pues todo ha sido ya consumado, como puede verse consultando el Libro de los Santos, lo que lo excluye de la categoría de simple brujo o encantador.

---

que hoy podríamos llamar la "industrialización de los santuarios". Las largas caminatas, las procesiones de rodillas, a menudo las ascensiones penosas a montes o cerros más o menos "santos", los rigores de la intemperie, etc., en gentes no habituadas e incluso verdaderamente enfermas, y al lado de ello las "compensaciones" de los sentidos, que no podían reportar mal alguno, en cuanto estaban ofrecidas en santo regocijo, traían como consecuencia la aparición de numerosos dolores reumáticos y de úlceras específicas.

186 El fuego de San Antonio, o fuego sagrado, no es otro que el famoso "Mal de los ardientes", cuya naturaleza no conocemos exactamente. Su primera aparición data del año 954, en que Frodoardo lo describió. Después arrasó Francia y gran parte de Europa Occidental en sucesivas y terribles epidemias (993, 1089 y 1130). En la del año 954 se caracterizó sobre todo por dolores y retorcimientos de las entrañas, lo que hace pensar en el cólera o algo así. En la epidemia de 1089, además los miembros se ennegrecían y se desprendían del cuerpo, como una variedad de peste, gangrena o lepra. Su nombre vino seguramente de que lodos los enfermos que fueron a la Abadía de San Antonio, en Vienne (Francia central), curaron.

Según Paltenius, el fuego de San Antonio no sería sino la erisipela; posteriormente se ha dado esta advocación para la gangrena y la forunculosis grave o ántrax.

187 Se refiere al célebre volcán de Sicilia.

Entretanto la Fe ha ido haciendo su obra, forjando un San Antonio con extraño e intenso parentesco con Vulcano y que como él, sopla y estimula el fuego lo mismo que un herrero cuando pone su hierro enrojecido sobre las brasas del horno.

Si en vez de ello se observase con cuidado y se comprendiese el curso espontaneo de estas cosas, se echaría de ver cómo todas estas enfermedades pierden su fuerza natural[188].

Capítulo séptimo
(De la enfermedad llamada "Baile de San Vito")[189]
(Atetosis, corea, Parkinson, histeria, neurosis de situación, sueños y ensueños)

Con ligeras variantes, según sus comentaristas, esta enfermedad se originó de la siguiente manera:

Existía en cierta ocasión una mujer llamada Trofea (Die Frau Troffea)[190], de tan singular carácter, tal orgullo y tan empecinada obstinación en contra de su marido, que cada vez que éste la ordenaba cualquier cosa o la importunaba de cualquier manera, hacía creer que estaba enferma, por medio de una serie de estudiadas simulaciones. En esas circunstancias hacía creer que era impelida a bailar por una fuerza sobrenatural, sabiendo que eso era lo que más desagradaba a su esposo, adoptando una serie de gestos y actitudes como si se tratase realmente de una enfermedad, con saltos, gritos, contorsiones y cantinelas, moviendo suavemente sus articulaciones (**parum movebat ex artubus convellabatur**) y durmiéndose a continuación. De este modo llegó a conseguir todo cuanto quiso, haciendo que se aceptara su estado como una enfermedad, con cuyos gestos se burlaba a la vez de su marido.

La consecuencia de esto fue que muchas otras mujeres adoptaron la misma conducta, instruyéndose mutuamente de los síntomas de la supuesta enfermedad

---

188 Todo este breve capítulo y en especial su parte final, es de una agudeza de observación y de una precisión crítica realmente notables. La naturaleza cíclica de la inflamación ha sido también muy bien observada.

189 El baile de San Vito = Die Veitz Tantz = Danse de Saint Guy, ha sido traducido. por Paltenius como "*chorea lasciva, sive chorea viti, sive metaphora*" y verdaderamente corresponde a este grupo de afecciones coreiformes que la clínica actual sitúa en los centros diencefálicos y en las vías nerviosas extrapiramidales.

El baile de San Vito hizo su primera aparición en algunas ciudades ribereñas del Mosa y del Rin, en julio de 1374, cuando una serie de individuos empezaron a agitarse y a bailar como neuróticos posesos. Es Posible que el peregrinaje a la Ermita de San Willibrod, en Echternach fuera la consecuencia de las primeras curaciones de este histerismo colectivo.

Hoy no podríamos precisar porqué esta danza patológica tomó el nombre de San Vito. Los Bolandistas refieren 6 ó 7 Santos con este nombre. El que ahora nos ocupa debió ser uno de los mártires de la persecución del Emperador Diocleciano, que tenía capillas y ermitas en Suabia y Rottestein. Estos San Veit o Wit, de Alemania, y Guy, de Francia, tienen un nombre extrañamente semejante con el término "gui", que designa el parásito sagrado de los robles y encinas y con el "wy" alemán, que expresa la unión o la fecundación. Según Vanini, San Vito era celebrado también en Bari (Apulia - Italia meridional), no para la epilepsia, sino para las mordeduras de los perros rabiosos.

190 Este relato de Trofea pertenece exclusivamente a Paracelso, no encontrándose antecedentes de ella en parte alguna de la historia o de la literatura medioeval.

El vulgo entretanto la consideró como una penitencia y se dio a pensar en la causa que debería destruirla. Al principio la Fe fue depositada en un Magor[191] o espíritu pagano, pero luego el favor popular recayó en San Vito, del cual se hizo un falso Dios, llamando a la enfermedad con su nombre. Luego, poco a poco, esta creencia se difundió y con ella la enfermedad, en la que caían todos aquellos que gustaban de bailar, con lo que el baile y la enfermedad se perpetuaron.

Ved con esto con qué facilidad, cuando alguien aventura una noción preconcebida cualquiera, puede crearse una verdad, cuya reiterada afirmación va aumentando el poder de su creencia y de su eficacia, lo que acaba por reafirmarla definitivamente[192]. Así se producen gran número de enfermedades y no sólo estos bailes. Cuando algunos se persuaden de esta extraña posesión, crean la verdad en su idea preconcebida, lo mismo que los que se enorgullecen de estar afectados por la enfermedad de San Valentín[193] en la que caen a continuación[194].

El mal francés, cuya soberanía ha sido adjudicada a San Dionisio, reconoce esta misma forma de origen, igual que la Peste, de cuya desesperación y temor puede el pueblo llegar a enfermar, antes y peor de lo que está naturalmente dispuesto. En tales circunstancias la Medicina no es capaz de dar un socorro razonable y aún la misma Fe no pude hacer que las fuerzas humanas devoren esa gran montaña.

La Fe en cambio puede darles tal poder que lleguen a envenenar el cielo, a trasmitir la Peste a otros y a hacer muchas otras cosas de este estilo, de un modo como sólo la Fe puede lograr.

Resulta pues que una gran parte de las aflicciones y de las desastrosas enfermedades que nos aquejan nos vienen por nuestra culpa, ya que nos comportamos ante ellas como lo haría un hombre que estando armado de todas las armas se asustase de otro, pequeño y lisiado, porque tuviera en las manos una escopeta encendida[195].

Nuestro poder contra los Astros es semejan a ese ejemplo. Sólo la duda (**trepidatio**) puede debilitarnos, permitiendo que la misma fuerza de la Fe nos hiera como un disparo que nos hiciéramos a nosotros mismos. Así mil lazos y cadenas nos agobian por este mecanismo, sumiéndonos en todo género de lamentaciones.

Cuando pretendemos resistirnos y negar la Fe, olvidamos que Dios ha dicho que la Fe puede hacernos caer en la tentación y que está escrito que, a pesar de todo, hemos de buscar la Fe antes que la Misericordia. ¡Cómo puede haber nada más doloroso para nosotros en este valle de lágrimas!

Semejantes a éstas son muchas otras operaciones de la Fe, como el baile de San Vito, que sólo puede albergarse en cabezas obstinadas. La base de todo ello está en la

---

191 Espíritu maligno de desgracia y destrucción.

192 He aquí el principio de la propaganda, en su más vasto sentido, tal cual hoy ha sido desarrollado, desde los anuncios hasta los sistemas políticos.

193 Epilepsia.

194 En esta observación está el fundamento de la actual medicina psicosomática, así como de toda esa compleja patología en que lo orgánico aparece fijado sobre una disfunción reiterada.

195 Se refiere naturalmente a un fusil arcabuz, de mecha o de chispa.

envidia que anida en el corazón de algunos médicos, que les impide aceptar lo que les gusta, haciéndoles tomar y comentar los textos de las Sagradas Escrituras según su obstinación y capricho.

Cuando tales individuos llegan a incrustar estas ideas en su cerebro y agregan encima la fuerza de la Fe, ocurre que esa misma fuerza los posee, robusteciéndolos tan poderosamente que para defender en adelante sus opiniones no dudan incluso en exponer su propia vida. Los Anabaptistas son un buen ejemplo de este modo frenético y abusivo de creer, por el cual, y antes que abandonar su opinión preconcebida, llegan a hacerse matar.

La misma base sustenta a todas las sectas de este estilo de verdadero encantamiento, no a causa de las hechicerías de otros hombres, sino por su misma voluntad de reforzar su Fe hasta abrasarse en ella, sin preocuparse de la lógica, del razonamiento ni de la verdad.

Realmente os digo que para meterse en el fuego por obedecer la Voluntad Divina, hace falta un motivo más importante que el de haber recibido dos o tres veces las aguas del bautismo, pues os aseguro que Dios no ha ordenado nunca a nadie que muera para sostener esta causa.

Es natural que los que quieran morir por la palabra de Dios con toda beatitud, se inunden del Espíritu Santo. Por el contrario, aquellos otros que no aceptan la Fe sin las obras que la demuestran, tienen que forzarse en ellas para no perderla. Algo así como si dijeran: “Si Dios no quiere cumplir en nosotros lo que ha prometido, tendremos que cumplirlo nosotros en su nombre”. Por eso no han encontrado nada mejor que morir en homenaje a una causa, por cuya profesión de Fe el Espíritu sólo sugiere saltar y bailar.

Los hombres poseídos por este baile pierden el entendimiento de tal modo que, lo mismo que los Anabaptistas, se dejan quemar antes que abjurar de su Fe. Sobre lo cual os digo que, para llegar a tal martirio, se precisa estar movido por algo muy diferente de una recta razón.

Os daré un tremendo ejemplo sobre esto: Imaginaos a alguien que, llevando sobre los hombros una enorme montaña, fuese atraído con ella al fondo del mar, poseído de una súbita debilidad que lo hiciese caer y morir. Y os digo: ¿Qué otro fundamento hay en las Escrituras sobre la opinión pre-concebida de que la Fe nos provee?

Añadiré que todos esos signos no son sino los prodigios anunciados por el Hijo de Dios. Por eso, da lo mismo que ganen el pan con el sudor de su frente y que den o tomen del prójimo, que cumplan con las seis partes de la Misericordia. . . etc., pues su superstición los alejará en otro sentido. Entretanto, si quieren morir por tales cosas ¿quién dejaría de reconocerlos como mártires?

Lo cierto es que si quisieran inmolar su vida por las obras de la Misericordia, no los abrasaría cada llama; al contrario, escaparían muchas veces a la muerte y no se abrasarían tan alegremente.

Por el contrario los motivos por los cuales ofrecen su vida, demuestran que tales obras y tal Fe no son del agrado de Dios. Antes de que sus escritos los condujeran a la cremación en la parrilla o en la pira o a la caldera de aceite hirviendo, deberían pensar que los Santos han sido rescatados muchas veces de la muerte y de los suplicios, de los que, no obstante no haberse defendido, han sido milagrosamente protegidos, escapando

una y otra vez de sus prisiones, ya que justamente por haber sido gratos a los ojos de Dios, Éste ha preferido emplearlos durante largo tiempo[196].

La vida de los apasionados enfermizos no gana nada prolongándose y así vemos que cuando la muerte les sale al paso, se precipitan a ella bailando. Los verdaderos Santos en cambio, se han acercado a la muerte temblando y han llegado a ella con el corazón oprimido, a pesar de lo cual, jamás los subyugó la carne en el momento de su tránsito. Sólo así pueden cumplirse verdaderamente las enseñanzas de las obras de Misericordia, cuya base se asienta en el amor del prójimo.

¿Qué puede pensarse de una obra toda podrida y roída de mentiras? ¿De unos hombres que no visten a los pobres, ni consuelan a los enfermos, ni bajan la vista, ni, a pesar de ello, ven nada de lo que tienen delante? Esa Fe seductora puede considerarse verdaderamente como una enfermedad y os digo que si comparáis sus vidas con las de los Santos, veréis que aunque en alguna ocasión hayan podido precipitar una montaña en el mar, nunca han podido volverla a sacar de allí. No es lo mismo en efecto morir por la Fe, cosa siempre venturosa, que por los artículos en que los hombres la han redactado, que contienen siempre una considerable cantidad de supersticiones, y cuya muerte es de mucha menor pureza.

¿Qué obra beneficiosa o útil puede resultar del hecho de que acabéis siendo quemados en la hoguera?[197] ¿Y qué frutos de santidad pueden emanar del hecho de haber sido bautizado dos veces?

Tampoco es precisamente un fruto de santidad desdeñar o menospreciar al prójimo, ni rogar por los que os persiguen y proscriben. Y os digo que si San Pablo hubiera conocido semejante conducta, os hubiera renegado también. Por eso os digo que debéis rogarle mucho si queréis que él interceda por vosotros.

Sabed que los que os proscriben no son precisamente aquellos por los que rogáis. Los que han de habérselas con semejantes individuos deben considerar que la Fe y las obras que malgastan en ellos, deberían dirigirlas mejor hacia Dios, procurando conocerse bien a sí mismos antes que tratar de conocer a los demás. Estos sujetos están tan persuadidos de la exclusividad de su Fe que son incapaces de desprenderse de ella, permaneciendo aferrados a sus enfermedades, lo mismo que los danzantes de San Vito.

Si todos fuéramos como ellos, ningún hambriento sería saciado, ni ningún desnudo vestido, ni ningún enfermo sanado, ni albergado ningún peregrino, pues todas esas cosas necesitan de un bien superior.

En vez de esto eluden el trabajo que les corresponde, procurando transferírselo al vecino, se dan a la pereza y viven como parásitos, instruyéndose de esta guisa unos a otros. ¿Puede hablar de Fe el que sólo piensa en su cocina? ¿O el que elude las leyes bíblicas y evangélicas? ¿O el que ignora el orden superior de las cosas? ¿Quién podrá decir en estas condiciones que morirá cristianamente?

---

196 En este razonamiento hay un pensamiento de gran dignidad humana y filosófica. El que exalta el valor consciente, la obra de largo aliento, la voluntad tenaz, la propia obra y la conducta de toda una vida, en vez del arranque súbito, el gesto pirotécnico y fugaz, la casualidad espectacular, los diplomas de papel y la estimación oportunista.

197 En esta idea, en la que vibra claramente una condenación a la pena capital, brilla de manera sorprendente el hondo humanismo liberal de Paracelso.

Es como si dijeran, como San Lorenzo[198]: "¡Dadme la vuelta, para asarme de ambos lados!". En realidad, cuanto antes desaparecen del Mundo, tanto más beneficio reportan, lo que indica claramente que Dios no interviene para nada ni saca provecho alguno de su muerte.

La Fe puedo incluso dar extrañas alucinaciones, por las que aquellos que las padecen llegan a ver directamente a los Santos, así como muchas otras maravillas y prodigios, tanto en sueño como en plena vigilia.

A esta Fe se deben algunas sorprendentes interpretaciones de determinados sueños. Porque. . . ¿qué son los sueños sino formas volantes de la Fe? Lo que esos individuos creen llega a presentárseles de tal manera, que acaban por creerse como los Santos o Santos ellos mismos. Así la Fe puede hacer Santos, lo mismo que el imaginero con sus estatuas de madera. La Fe pone en sus manos la varita mágica de la adivinación, hace apagar los cirios, gira las llaves, atrae las tijeras y hace rodar el cernidor[199].

Debéis saber sin embargo, que en esas demostraciones del arte, lo que hoy nos parece bueno es malo mañana, que contra un sí hay diez no (**ein ja, zehen nein**) y que para cada vez que surge la verdad, aparecen diez mentiras: así son los sueños y las visiones, indistintamente verdaderos y engañadores.

La Fe en los sueños asemeja a estos soñadores con los alquimistas, que buscan y buscan constantemente, logrando a veces los más insólitos hallazgos[200]. A pesar de ello para uno que consigue algo, veinte fracasan y para una vez que logran la verdad, todas las demás sólo alcanzan falsedades.

Con la Fe ocurre otro tanto: cuando creéis que no sabéis nada, nada sabéis en efecto y vuestra Fe lo comprende perfectamente, pues nada hay tan parecido a nosotros como nuestra propia Fe.

Con todo, y por más semejanza que tengamos con los Espíritus, no es necesario que todas las cosas se manifiesten en el cuerpo en forma sensible.

Y os digo que si creemos ligeramente, sólo ligeramente podremos estimar lo que creemos. Debemos pues creer efectivamente que podemos realizar todas estas cosas, pero no debemos desear demasiado verlas, y mucho menos dejarnos morir o matar por recibir un bautismo, ya que la medicina que puede darnos la salud, puede igualmente llevarnos a la muerte. Comprended así la Fe e incluidla de este modo en todas vuestras obras.

FIN

---

198 Solo Forberger señala esta comparación personal. La mantenemos, a pesar de estar fuera del texto original, por explicar perfectamente el resto de la frase.

199 Hacer rodar el tamiz o cernidor de los campesinos, era una forma de adivinación que se practicaba en la Edad Media y en que aparece por vez primera lo que, andando el tiempo, sería la rueda de la lotería, la ruleta y las mesas giratorias de los espiritistas.

200 En todas estas observaciones finales de Paracelso hay una sorprendente serie de atisbos, precursores de lo que, en el primer cuarto del Siglo XX revolucionaría al Mundo a través de la genial mentalidad de Sigmundo Freud, bajo el nombre de Psicoanálisis y con el contenido genérico de "Interpretación de sueños".